

RELIEVE DE LA EPIFANÍA

Finales del siglo X, comienzos del siglo XI

Granito

58 x 53,5 x 25,5 cm.

San Juan de Camba, Castro Caldelas, Ourense

Donación de D. Vicente Alonso Salgado, 1897

Nº Inv.: 175

En el año 876, el rey Alfonso III impulsó la repoblación de los nuevos territorios conquistados a los musulmanes en el valle del Duero mediante un edicto que supuso la privatización del suelo. Esta disposición ejerció una importante atracción sobre los cristianos que vivían en territorio musulmán (mozárabes), que procuraban huir de las tensiones generadas por el emir Mohamed I. Abades y comunidades monásticas mozárabes se trasladaron al norte, fundando iglesias y monasterios.

Diversas fuentes documentales dan fe de la existencia de un antiguo monasterio en San Juan de Camba, pueblo de las tierras de Castro Caldelas, fundado por el obispo Diego a mediados del siglo X.

Del antiguo edificio no quedan restos, excepto los que alberga el Museo desde mayo de 1897, gracias a la donación del obispo de Astorga D. Vicente Alonso Salgado, y que son una ventana geminada y dos relieves figurados que hasta su traslado estaban empotrados en un muro de la casa rectoral.

En uno de estos relieves, labrados en sillares graníticos, aparece la escena de la “Adoración de los Magos”. Mediante una composición en ringlera, aparecen las figuras de la Virgen con el Niño y los tres magos. Sentada en un trono que realza su dignidad, la Virgen recibe junto a su hijo los diferentes regalos de los magos, de los que destaca el segundo por su actitud genuflexa. Un marco liso rodea la escena que está tallada en reserva. Precisos perfiles redondeados marcan de manera ruda sus trazos fisonómicos, visten túnicas que no les llegan a los pies y en las que se insinúan unos ligeros doblajes.

Esta representación es también conocida como “Epifanía”, término que etimológicamente se corresponde con la “manifestación” del hijo de Dios,

y teológicamente se aplica también al “bautismo” de Jesús y a su transfiguración. En iconografía designa en particular la “Adoración de los Magos”, tema básico en el ciclo de su infancia y considerado como uno de los más antiguos y difundidos en la iconografía cristiana de todas las épocas.

Ya aparece como temática en pinturas catacumbales y en relieves de sarcófagos paleocristianos, figurando como elementos invariables la Virgen con el Niño sobre las rodillas y los reyes portando los dones. En Galicia tenemos el ejemplo del “sarcófago de Temes”, uno de los más antiguos testimonios artísticos del cristianismo gallego donde se da esta representación. La misma escena se sigue representando en las primeras etapas de la época medieval, siendo el románico uno de los momentos más importantes; constituyen claros ejemplos el tímpano derecho del pórtico compostelano de Platerías o uno de los capiteles de la Clastra Nova en la catedral ourensana. Será a partir del gótico cuando se reafirme su temática, se hace más permanente la figura de San José, no siempre presente en las etapas precedentes, también una mayor vehemencia en el gesto de adoración por parte de los Magos. La catedral ourensana ofrece en su retablo Mayor y también en el sepulcro del obispo Vasco Pérez Mariño ejemplos de este período. A partir del Renacimiento quedarán fijadas las tipologías y también perdurarán muchas fórmulas aceptadas sin reservas de las fuentes apócrifas.

Buscar en los orígenes de esta interesante tradición nos lleva a las noticias que sobre la misma tenemos en el evangelio de S. Mateo, quien relata la llegada de los Magos guiados por una estrella que los lleva desde Oriente hasta Belén, para adorar al “Mesías”. Los escritos apócrifos y otras tradiciones literarias profundizan para reconstruir iconográficamente la leyenda de estos personajes y así permitir que los artistas se enfrenten a su representación con una determinada imagen de conjunto.

En primer lugar su número. Será a partir del siglo VI cuando se concretiza en tres las figuras de los Magos, a veces por razones de perspectiva, simetría o mero capricho del autor aparecen menos o más figuras, llegando a confundirse con los pajes; la tradición armenia hablaba de 12, número simbólico relacionado con las tribus de Israel.

S. Mateo no habla de un número en concreto, pero sí de tres ofrendas -oro, incienso y mirra- que lógicamente hacen pensar en tres oferentes, también

cuentan otros factores simbólicos como ser el 3 el número teológico de la Trinidad.

En cuanto a su apelativo como “Reyes Magos”, ni S. Mateo ni los apócrifos hablan de su condición real lo que hace pensar que esta adición referencial sea posterior para dignificar el papel de “Magos”. La palabra mago parece provenir del vocablo persa *mogu* que significa astrólogo, designaba a aquellos que por medio del estudio de los astros intentaban explicar los acontecimientos de la vida, por lo que la interpretación más acertada es que fuesen astrólogos babilonios o sacerdotes persas.

Emile Mâle nos habla de una crónica griega del siglo VI en la que se recogen los nombres de *Bithisarea*, *Milichior* y *Gasthapa*, posteriormente en el siglo IX, aparecen consolidados con los nombres actuales en el “*Liber Pontificalis*” de Rávena. También gracias a Beda, monje benedictino del siglo VIII, tenemos una breve descripción de los mismos: “*El primero de los magos fue Melchor, un anciano de largos cabellos y cumplidas barbas...quien ofreció el oro, símbolo de la realeza divina. El segundo, llamado Gaspar, joven imberbe de piel encendida, honró a Jesús presentándole el incienso, ofrenda que manifestaba su divinidad. El tercero, llamado Baltasar, de piel oscura (fuscus) y con toda su barba, testimonió con la ofrenda de la mirra, que el hijo del hombre tenía que morir*”.

No existen representaciones anteriores al siglo XV en las que el rey Gaspar se identifique como un hombre de raza negra. Los reyes representarían a los tres continentes entonces conocidos, Europa (Melchor), Asia (Gaspar) y África (Baltasar). En el “*Cathalogus Sanctorum*”, se les atribuyen las edades de 60, 40 y 20 años respectivamente.

Otra cuestión digna de mencionar es la coordenada crono-temporal de los hechos. Leyendas damascenas y los evangelios sitúan este acontecimiento a los pocos días del nacimiento. De los apócrifos, solamente el pseudo Mateo reconoce un *lapsus* mayor de tiempo que llegaría hasta los dos años de edad, después de la circuncisión y presentación en el templo, que justificaría el relato de la matanza de inocentes por Herodes y la representación del Niño ya crecido en el regazo de la Madre en un lugar diferente al pesebre.